

la mayor parte de los salvajes que habitan los climas cálidos; y cuando un hombre entra mucho en años sus numerosas mujeres constituyen la herencia del hijo primogénito.

Al frente de cada rebaño ponen un toro sagrado, cuya cornamenta se adorna con plumas, y á veces con campanillas; el toro es el jefe de las reses que lleva á pacer, y cuando por la mañana sale de su *Kraal*, los kytchs le dirigen esta especie de oracion: «Cuida bien de tus camaradas; impide que las vacas se extravíen, y condúcelas á los lugares mas fértiles, para que nos den gran cantidad de esquisita leche.»

Subiendo un poco mas el Nilo, se encontraba la estacion de los misioneros austriacos de Santa Cruz, que comprendia unas veinte chozas hechas de césped; pero el superior Gerr Morlang me confesó con sentimiento que la mision no podia ejercer influencia alguna entre aquella especie de salvajes, dado que despues de un trabajo asiduo durante muchos años ningun resultado habia obtenido. Aquellos negros son de condicion inferior á la del bruto, que por lo menos está dotado del sentimiento de la gratitud hacia el que lo cuida. La sociedad de los misioneros concluyó por convencerse de la inutilidad de su establecimiento, y Gerr Morlang lo vendió en tres mil pesos fuertes á Curchid-Agá, negociante circasiano, en cuya compañía navegábamos desde el pais de los Nuers. El 26 de enero pasamos por delante del de los Bohrs, en la orilla oriental, á la vista de los vivacs de los aliabs, que ocupaban la occidental.

Ninguna de esas tribus del Nilo Blanco come la carne de sus numerosos rebaños, pues se contentan con la leche de las vacas y la sangre que sacan abundantemente todos los meses á sus animales. Por lo que respecta á los excrementos, tienen constantemente encendidos grandes montones de ellos para restregarse el cuerpo con las cenizas, y para preservarse con su humo de los mosquitos.

El 30 de enero atravesamos el distrito de Cheurs, cuyos trajes y usos se parecen á los de otras muchas tribus que luego encontramos. Sus armas son de ébano muy bien hechas, dos lanzas, un arco siempre tirante y un manojo de flechas; los hombres llevan á la espalda un pequeño taburete, en la mano una inmensa pipa, y en la cabeza unos penachos de plumas de gallo. Cuando están en pie, su actitud favorita es sostenerse sobre uno mientras que con una pierna doblada, apoyan el otro sobre la que está derecha, sosteniéndose para conservar el equilibrio, en una lanza. Sus flechas, de unos tres pies de largo, carecen de plumas, y tienen la punta de madera dura, por ser escaso entre ellos el hierro.

Las mujeres llevan, como en las tribus de los kytchs y baris, un delantal de piel, no mayor que la mano, atado á un cinturón del cual cuelga por

detrás una cola hecha de tiras muy delgadas de cuero. El artículo de lujo que mas aprecian despues de éste, se compone de unos anillos de hierro bruñido que se ponen en las piernas, en número bastante para que lleguen á la mitad de ellas, y para producir al andar un sonsonete que consideran como del mejor efecto. Forman tambien de conchas de agua dulce ensartadas en crines de girafa, collares y ceñidores, cuyo arreglo exige mucho tiempo, y se parecen á los collares de cuentas de nácar.

Llevan sus hijos metidos en un saco de cuero, pendiente de los hombros y sujeto por la espalda con una correa, lo cual les permite conservar la libertad de sus movimientos, con no pequeña holgura del negrito.

Sus cabañas, como en la mayor parte de las tribus, son circulares, teniendo la puerta tan estrecha que solo á gatas se puede pasar por ella.

La principal cosecha en las orillas del Nilo Blanco es la de las semillas del loto, del cual hay dos variedades: una grande y de flores blancas, y otra mas pequeña. La cápsula que encierra las semillas del loto blanco se parece á una alcachofa cuya flor no se ha desarrollado todavía, y contiene muchas simientes del tamaño de las de la mostaza, pero con la forma de las de la adormidera y el color rojo claro; su sabor es azucarado y análogo al de la avellana. Cuando las cápsulas están maduras se procede á recolectarlas, se ensartan en cañas de cuatro pies de largo, y luego se forman montones para que se dessequen al sol, y á medida que el caso lo requiere se convierten en una harina de que se hacen tortas y galletas.

El 31 de enero descubrimos la montaña de Lardo.

El 1.º de febrero salimos de las lagunas niliacas. Allí la orilla del rio está seca y se eleva á 4 pies. Los árboles abundan, el pais presenta el aspecto de un jardín y parece muy poblado.

El día 2 llegamos á Gondokoro.

Sobre un terreno firme, y á una altura de mas de 20 pies que las aguas del Nilo, se descubren ruinas de muros construidos de ladrillo, restos de una iglesia y de un establecimiento de misioneros. Cerca de ellas se ven unos bosquecillos de limoneros y los vestigios de un vergel: elocuentes señales de una tentativa tan generosa como inútil para llevar la civilización de la Europa cristiana á ese lejano pais. No se busque en él ciudad alguna. Gondokoro, aunque su nombre es casi célebre, se reduce á una estacion de *megociantes de marfil*, compuesta de media docena de cabañas hechas de césped, habitada únicamente durante dos meses. Cuando las embarcaciones parten con rumbo á Khartum, y las expediciones armadas marchan, á pretexto de comercio, á llevar al interior del pais la devastación y el saqueo, Gondokoro se convierte en un desierto.

II.

De Gondokoro al pais de los latukas, en la cuenca del Sobat.

Nuestra molesta navegacion por las cenagosas aguas del Nilo Blanco y sus pantanos habia terminado. Curchid-Agá puso á mi disposicion sus almacenes para guardar mi trigo, cuya mitad estaba destinada á MM. Speke y Grant.

Pronto advertí que los agentes y empleados de los traficantes reunidos en Gondokoro en gran número, me miraban con la mayor desconfianza, pues no podian convencerse de que mi único objeto fuese viajar; y tenian por seguro que me proponia cogerles en fragante delito en su horrible comercio de esclavos.

No obstante, esparcióse el rumor de que á gran distancia hacia el Sur habia dos hombres blancos á quienes un sultan habia tenido prisioneros mucho tiempo, y que poseian fuegos artificiales de una especie extraordinaria. Decíase que ambos habian estado enfermos, y aun que uno habia muerto. Por indudable tuve que este rumor se referia á MM. Speke y Grant.

Siéndome preciso esperar la llegada de una caravana, para volver á partir con los conductores de marfil que me ayudasen á trasportar mis bagajes hasta una factoría próxima, me dediqué á estudiar las inmediaciones de Gondokoro y á sus habitantes, pertenecientes á la tribu de los baris.

Sus habitaciones son modelos de limpieza, y cada familia tiene un domicilio rodeado por una cerca impenetrable de euforbios. El interior del recinto forma un patio cuyo suelo está compuesto de una mezcla de ceniza, estiércol de vaca y arena. En la superficie, barrida con esmero, hay una ó muchas cabañas alrededor de unos graneros hábilmente construidos de mimbres, y cubiertos de paja; otras construcciones menos altas sirven de abrigo á las aves domésticas. Las cabañas destinadas á servir de habitacion tienen un techo saliente, sostenido por postes, bajo del cual puede encontrarse agradable sombra durante los ardores del dia; la puerta tiene por lo regular dos pies de alto.

En un ángulo del patio se da sepultura á los miembros de la familia, y sobre ella se coloca á un lado una olla que sostiene cabezas de vaca con sus astas, y al otro un haz de plumas de gallo.

Las mujeres acostumbra raparse la cabeza, y á imitacion de las de los Cheurs, llevan por todo traje un delantal del tamaño de seis pulgadas, elegantemente bordado de perlas, ó hecho de unos anillos de hierro, parecido á una cota de malla, y por detrás pende la indispensable cola, de tiras muy delgadas de pellejo, ó bien de bramantes de algodón. El de-

lantal y la cola que lo acompaña están fijos á un ceñidor que rodea la parte inferior del tronco, de manera que el adorno de aquellas damas requiere muy poco tiempo. En rigor, la cola les seria muy útil si pudiese servirles para ahuyentar las moscas, verdadera plaga del pais. Por lo demás, el conjunto de este adorno es mas complicado, pues no está completo sino cuando el estómago, la espalda, los costados y el vientre están cubiertos de unos colorines que se parecen á las escamas de los peces, y á los cuales un embadurnamiento de ocre rojo da el aspecto del ladrillo recién cocido.

Los hombres, que usan de idénticos adornos, son bien formados, y no tienen, como tampoco las mujeres, la nariz aplastada, ni los labios gruesos, que entre nosotros se consideran como los rasgos característicos de los negros. Sus facciones son regulares, pero su cabello es lanudo, no conservando de él sino un mechoncito sobre el que colocan una ó dos plumas.

Cada hombre lleva siempre sus armas, su pipa y su taburete, y cuando se apoyan sobre un pie las tienen en la mano, exceptuando el taburete que les pende de la espalda. Las flechas se envenenan ó con una resina que procede de un pais lejano situado al Oeste de Gondokoro, ó con el zumo de una especie de enforbio que abunda en las inmediaciones, y sus puntas están fabricadas con una destreza diabólica. Unas se hallan fijas al asta, al paso que otras se desprenden de ella cuando se trata de retirarlas, y permanecen en la herida, de manera que el veneno es absorbido antes de que salga la punta. Los arcos son de bambú machos, siempre tirantes, pero desprovistos de elasticidad. Las flechas, desnudas de plumas, son cañas ó unas ligeras varillas, cuya base es un poco mas gruesa para que ofrezca un punto de apoyo á la cuerda, que no se estira de la manera ordinaria. La flecha se mantiene entre la articulacion del medio del índice y el pulgar; de manera que no teniendo el arco elasticidad alguna, el alcance de aquellas no pasa de 110 metros.

Gran fortuna es para los turcos que los baris sean tan desdichados arqueros, porque los malos tratamientos de los traficantes de Gondokoro los han llevado á la exasperacion, y de pacíficos que eran se han convertido en los negros mas terribles de las inmediaciones del Nilo Blanco; asi es que solo por medio del terror se les mantiene tranquilos.

Poca, ciertamente, era nuestra seguridad entre la hostilidad de los negros armados con sus flechas envenenadas, y los centenares de bandidos europeos que pasaban el dia bebiendo, disputando y disparando sus fusiles, cuyas balas pasaban algunas veces silbando á nuestros oidos.

Todos los dias y á todas horas no habia en aquella época en Gondokoro una eventualidad mas probable

para un europeo que un balazo en la cabeza *por casualidad*. Los honrados traficantes de aquel punto hubieran visto en un accidente de este género la inmensa ventaja de librarse de un espía... supuesto. Un pobre niño, que estaba sentado en la borda de una embarcacion, perdió la vida de esta manera. El cadáver cayó al agua y fue arrastrado por el rio, pero no pudo descubrirse al asesino.



Jochian, cacique de los nuers.

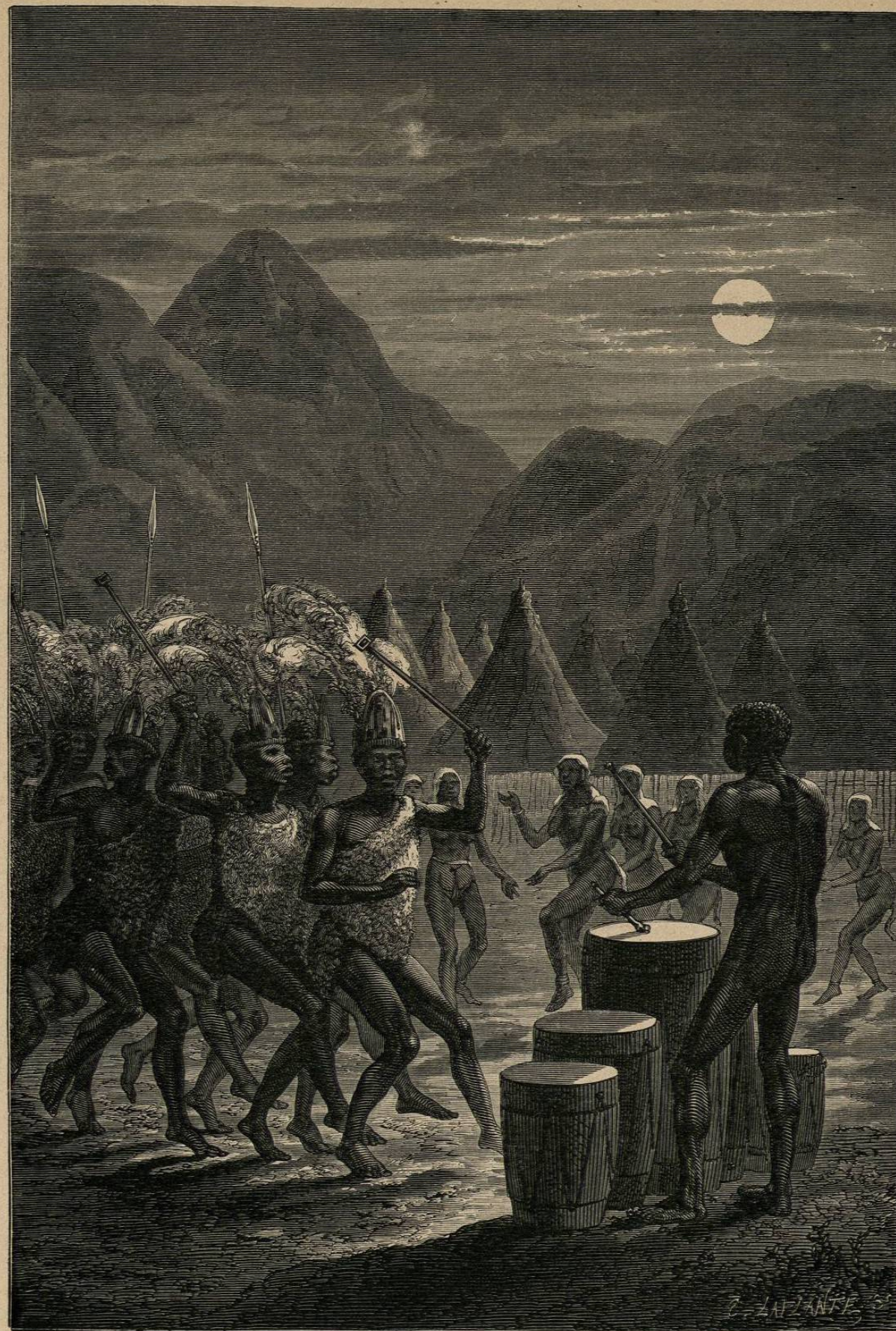
ron la aproximacion de la caravana de Debono, que traia á Speke y á Grant, quienes venian del lago Victoria, en donde nace el Nilo; el secreto de los siglos está descubierto. ¡Honor á la antigua Inglaterra! Mucho me alegré al verlos; pero hubiera querido hallarlos mas lejos.

Los descubrí al aproximarse á mis barcos. A la distancia de unos 100 metros reconocí á mi antiguo amigo Speke; latiendo mi corazon de alegría, arrojé al aire mi gorra y grité con todas mis fuerzas, corriendo hácia él: «¡Hurra!» Mis barbas y bigote contaban diez años de fecha; y como Speke creia allarme en el centro del Africa, no me conoció al

Gondokoro, por lo tanto, nos era muy desagradable. Los bandidos blancos incitaron á la rebelion á nuestra gente, á la que negué el permiso de hacer una razzia en los pueblos de los Baris, y el môtin solo se aplacó merced á la energía y serenidad desplegadas por mí.

A tan precaria situacion habian llegado las cosas, cuando el 15 de febrero algunos escopetazos anuncia-

pronto. Por lo que respecta á su compañero Grant puede decirse que éramos amigos antes de haber sido presentados uno al otro. Ambos viajeros entraban en Gondokoro como dos bajeles azotados por los azares de una larga y peligrosa navegacion, pero aun en escelente estado. Speke estaba escesivamente flaco y parecia hallarse mas fatigado; mas, aunque acababa de hacer á pie todo el camino desde Zanzibar, su salud nada habia sufrido. Grant llevaba gloriosamente sus harapos y sus restos de pantalones, y caminaba sostenido por un ardor febril. Uno y otro amigo dejaban ver en toda su expresion la energía de que habian dado tantas pruebas.



Ceremonias fúnebres entre los latukas.

La primera idea que me asaltó fue que su llegada ponía fin á mi expedición haciéndola inútil; pero ellos, enseñándome generosamente un mapa de su viaje, me hicieron ver que no habían podido acabar la exploración del Nilo propiamente dicho, y que aun quedaba por hacer un estudio muy importante.

Habiendo dejado el Nilo á los 2° 17' de latitud septentrional, no volvieron á verlo hasta los 3° 32'. Habíaseles dicho que en este intervalo, volviendo al Oeste, el río iba á perderse en un lago, el Louta N'zigé, de donde salía de nuevo con dirección al Norte. Como se aseguraba que este lago se estiende desde el Sur al Norte, en la misma dirección que el Nilo, debía, si en efecto era así, representar un papel importante en la cuenca de este río. Speke lo consideraba como una segunda fuente del espesado río, y deplorando no haber podido visitarla, me invitaba con vehemencia á que llenase este vacío que se notaba en sus descubrimientos.

Resolví, pues, continuar mi viaje, y recibí de Speke instrucciones cuyos puntos principales eran los siguientes: Después de aconsejarme que tomase dos intérpretes que hablasen el idioma de los baris ó de los madis, y el kingoro, porque todos los dialectos de aquella región pertenecen á estas dos familias de lenguas, me indicó el camino más recto para llegar á la morada de Kamrasi, M'wamma ó rey del Oungoro, uno de los países bañados por el Louta N'zigé ó lago de las Langostas muertas; me dijo que me abstuviese de pasar á ver á Rionga, hermano de Kamrasi, pero su enemigo mortal, porque de otro modo me cerraría la entrada del Oungoro; me indicó la conveniencia de visitar el Otumbi y de procurarme informes acerca de Ruanda y las montañas de M'Fumbiro, para saber si hay cobre en el primer país, y si los habitantes reciben de él conchitas destinadas á servir de moneda, y otras mercancías procedentes de la costa occidental.

Un mapa levantado por Grant y estas instrucciones tan generosamente dadas, completaban los datos que necesitaba para mi viaje.

Speke y Grant partieron para el Egipto el 26 de febrero, y mi emoción no me permitió decirles sino estas palabras: «¡Que la bendición de Dios os acompañe!» Ellos habían alcanzado ya su victoria, pero mi tarea apenas había empezado. Seguí con la vista su buque hasta que dobló el ángulo de la costa, deseándoles en el fondo de mi corazón toda la gloria que merecían, y prometiéndome que un día, ya terminada la obra que tan calorosamente habíamos acometido, podríamos hablar de ella en nuestra querida patria. ¡Ah! ¡Esta esperanza no pudo realizarse respecto de Speke!

III.

De Gondokoro á Latuka.

Volví á encontrarme solo en un país donde todo género de dificultades iba á detenerme por espacio de un mes.

Hice con los conductores de marfil que habían acompañado á Gondokoro á Speke y Grant, el siguiente arreglo: cincuenta de ellos debían trasportar á Faloro mi cargamento. Su jefe, Mohamed-Ouat-el-Mek, se obligaba á escoltarme si yo me prestaba á ayudarle á procurarse marfil y hacerle un buen regalo: era el segundo jefe de Debono; hallábame, pues, tranquilo y lleno de confianza. Fraguábase, no obstante, un complot para imposibilitar mi expedición, á fin de que el secreto del *negocio* del Nilo Blanco no fuese descubierto. Mohamed había resuelto partir antes de amanecer, y mi gente se proponía sublevarse y reunirse á él para hacer en su compañía la caza de esclavos.

Dos negros llamados Richarn y Saat fueron los únicos apoyos verdaderamente fieles de mi expedición, y á ellos debo el éxito de ésta.

El primero, educado en Khartum por los misioneros austriacos, había olvidado la doctrina cristiana; no tenía más defecto que la embriaguez, y yo le había nombrado cabo; el otro era un pilluelo de doce años de edad. Natural del Fertit, robado á los seis años por los árabes, y vendido en el Cairo, se había acogido á los espesados misioneros, quienes también le habían educado; pero sus camaradas eran tan díscolos, que un día aquellos despidieron á todos sus discípulos, y entre ellos á Saat, que luego vino á pedir á mi mujer y á mí el favor de dejarnos servir por él, á lo cual accedí. Desde entonces se consideraba perteneciente á mi esposa, á quien amaba como á una madre. Yo le entregué una escopeta de dos cañones de que había aprendido á servirse, y como era bueno y enérgico, reveló á aquella todo el complot.

Una mañana encontré á Mad. Baker muy pálida, al volver de mi paseo. Llamó al teniente y le mandó dijese á nuestra gente que bajase, porque la marcha estaba próxima. Acababa de saber que el plan era desertar á la noche siguiente con sus armas, y hacer fuego contra mí si á ello me oponía. El teniente quiso negar la conspiración, pero fue confundido por las terminantes declaraciones de Saat y Richarn. A fuerza de energía y serenidad logré desarmar á quince de mis hombres, que, perteneciendo á los árabes djalinos, se reunieron á la banda de Mohamed, compuesta de sus compatriotas; los restantes eran, como mi teniente, de los Dongoluas, y se dispersaron. El teniente recibió la orden de desarmarlos, so pena de la vida.

No obstante, Mohamed-Ouel-el-Mek se puso en camino hacia el Sur, haciéndome decir que primero me mataría que permitir que un espía inglés penetrase en el país de los negociantes.

Curchid-Agá me prometió entonces darme diez cazadores de elefantes y traerme de Khartum treinta soldados negros, bajo condición de que le entregase todo el marfil que pudiese procurarme en el espacio de un año; pero al día siguiente vino con su asociado á decirme que nuestro convenio no podía realizarse, porque todos los suyos se negaban á entrar á mi servicio.

Viéndome en tal conflicto intenté alistar algunos baris; pero uno de sus jefes á quien envié, al asegurarme que le complacía mucho la comisión que le confiaba, me dijo que mi buena reputación me sería inútil, á causa del odio que los Baris profesaban á los blancos, y que yo no era bastante fuerte para atravesar un país hostil.

En vista de esto resolví llamar á mi teniente, amenazándole con la justicia del cónsul de Inglaterra, y le prometí perdonar todo lo pasado, si conseguía reducir á su deber á muchos dongoluas.

Todos concluyeron por acceder á acompañarme, con tal que me dirigiese al Este y no hacia el Sur. Por Richarn y Saat sabía que su propósito era asesinar-me al llegar á la residencia de un negociante llamado Tchenuda, cuya gente era también de los dongoluas; pero convencido de que el objeto principal era alejarme de Gondokoro, acepté su condición aparentando dar crédito á su buena fe.

Entre tanto, la banda de Tchenuda partió con dirección al Este, á las órdenes del teniente Mohamed-Her.

Otra banda, capitaneada por Ibrahim, teniente de ese Curchid-Agá que tantos motivos de elogio me había dado, iba á seguir dentro de dos días el mismo camino en compañía de unos latukienos, cuyo principal personaje, tercer jefe de la ciudad de Tarrudle, se llamaba Adda, y había recibido de mí, como también sus compatriotas, muchos regalos que les habían dispuesto favorablemente respecto de mi persona.

Las dos caravanas de Ibrahim y de Mohamed-Her eran hostiles entre sí, pero ni la gente de Curchid ni la de Tchenuda querían que me uniese á ellos.

El 6 de marzo de 1863, á las siete de la noche, salí de Gondokoro sin guía ni intérprete, merced á las intrigas fraguadas contra mí por los negociantes del Nilo Blanco.

Después de tres noches y dos días de camino casi sin tomar descanso, por lo mucho que nos urgía encontrar antes que la caravana de Ibrahim el paso de las montañas, llegamos al desfiladero de Elyria, de tal manera obstruido por los peñascos, los árboles y

las malezas, que en caso de hostilidad todos hubiéramos perecido allí aplastados.

Mi esposa y yo, guiados por un latukieno que se nos había unido, partimos y trepamos por el desfiladero hasta la cima, desde donde el valle de Elyria presentaba una hermosa perspectiva. Esta montaña es el principio de una cadena que se dilata indefinidamente hacia el Sur, pero el valle se estiende del Oeste al Este, entre dos ramificaciones de granito oscuro, de unos 1,000 metros de altura, mientras que al Este, á la distancia de 50 millas, las montañas azules de Latuka limitaban el horizonte; en el fondo del valle, que parecía tener 1 milla de ancho, corría un arroyo cerca del cual se elevaban algunos árboles magníficos; más allá se descubrían bosques, y en las laderas, coronando los restos acumulados de enormes peñascos, se veían por todas partes espesas empalizadas de bambús, que formaban el recinto de las poblaciones. El valle parecía cubierto de una serie de fortificaciones habitadas por una numerosa población.

Erame preciso renunciar á abrirme paso por la fuerza, y resolví entrar solo en el valle á fin de estudiar el espíritu de los habitantes; quería, no obstante, ver primero llegar una caravana. La ansiedad empezaba á dominarnos, cuando oí á lo lejos voces que se acercaban, y mirando hacia el fondo del barranco, ví asomar á menos de 50 metros de nosotros, por entre el oscuro follaje, la bandera encarnada de los turcos. La caravana de Ibrahim, á la que á costa de tantos esfuerzos habíamos procurado anticiparnos, para evitarla, nos salía al paso.

Los insolentes, en número de 140 hombres armados, y además 300 conductores latukienos, desfilaron uno á uno á nuestra vista, sin dignarse dirigirnos el acostumbrado *salaam*. Ibrahim cerraba la comitiva montado en un jumento, sin volver la vista. Crítico era aquel momento. Mi mujer me pidió que no dejase escapar la ocasión de tener con él una explicación completa, y accedí á ello. Llamé á Ibrahim, y le rogué se decidiese francamente en mi favor ó contra mí, haciéndole ver que yo no entablaba con él competencia alguna; que le enviaría todo el marfil que adquiriese en el camino, y que por consideración á su jefe Curchid le recompensaría bien. Mi mujer esforzó mis razones, é Ibrahim, ya vacilante, se dejó persuadir por la promesa de una escopeta de dos cañones y de cierta cantidad de monedas de oro. Sin embargo, partió aconsejándonos que no nos incorporásemos á su tropa, porque nos era hostil.

Cuando bajamos al valle y nos sentamos á la sombra de un árbol, según nos lo había encargado Ibrahim, vimos llegar á Leggé, jefe de aquel distrito, que venía á reclamarnos su derecho de entrada. No he visto fisonomía más repugnante que la suya: en ella se retrataban la crueldad, la avaricia y la sen-